

LA OCASION LA PINTAN CALVA

Juguete Cómico en un acto y en prosa, original de  
RAMOS CARRION Y VITAL AZA

PERSONAJES: Remedios  
Dña. Paquita  
Joaquín

Un Peluquero  
Un Criado

La acción en Madrid  
Época actual.

A C T O U N I C O

Escena Primera

Gabinete elegante con puertas laterales y al foro. Algunos cuadros y entre ellos un retrato de caballero. Velador sobre el cual habrá un neceser de afeitarse.

18/Nov/2008  
1181612

JOAQUÍN.- (Solo, se pasea impacientemente)- Pues señor, bien; las diez y media y ese hombre no viene. ¡Esto acaba con la paciencia de un santo! Hoy lo despido: diga lo que diga, lo despido. ¡No parece sino que no hay mas peluqueros en Madrid! ¿Que necesidad tengo yo de estarle esperando dos horas todos los días? ¿Haré que avisen a otro? Este tiene la mano ligera; afeita de un modo admirable; su navaja se desliza con suavidad y descansa de una manera admirable e inconcebible. Esta es la verdad. Y luego, no habla; un peluquero que no habla es un verdadero prodigio. Despedirlo y ponerme en manos de otro que sea un charlatan o que tenga la mano dura y me haga ver las estrellas todas las mañanass.... Porque como el que me afeita dice que ya barba es de "remolino".... Mire usted que tener la barba de remolino es mucho cuento. Las diez y treinta y cuatro. ¡Esto ya no se puede aguantar! El ministro va al despacho a las diez.. Si otro se adelanta y me quita la plaza me he divertido! Adios la sorpresa que guardo a mi mujercita... ¡Y poco contenta que se va a poner cuando sepa que vamos agrados a la embajada de Paris! Es decir, ella no va agragada, quien va agragado soy yo, y ella agragada a mí. Vaya no aguante mas... (Toca el timbre) Voy a afeitarme a cualquier peluqueria.

CRIADO.- (Saliendo por el fondo)- ¿Que manda usted?

JOAQUÍN.- Cuando venga el peluquero le dices.....

CRIADO.- Aquí está, señorito.

JOAQUÍN.- ¡Ah! ¿Está ahí? ¡Que pase!

ESCENA II

Dichos el peluquero por el fondo

PELUQUERO.- Muy buenos días; servidor de usted.

JOAQUIN.- (Aparte)- ¡Es otro!

PELUQUERO.- Vengo a sustituir a mi compañero Felipe, que se encuentra desde ayer atacado de una fuerte neuralgia dentaria, vulgo dolor de muelas.

JOAQUIN.- (Aparte)- ¡Qué tipo!

PELUQUERO.- Espero que no quedará usted descontento de mis servicios. (Deja sobre el velador una caja de cartón que trae en la mano).

JOAQUIN.- Bueno, pues despache usted, que tengo prisa.

PELUQUERO.- En seguida.-Chico, el agua caliente, los paños, el jabón, la brocha, etcetera, etcetera. (A Joaquín) Tome usted asiento)

JOAQUIN.- Gracias. (Sentándose y riendo)

PELUQUERO.- ¿Tiene usted navajas o desea usted que le afeite con las mías?

JOAQUIN.- ¡Pché! Es lo mismo, con tal de que apure usted pronto.

PELUQUERO.- En ese caso con las mías. (Saca del estuche dos navajas. Mientras pasa una por la correa mira a un cuadro.) Son un par de navajas de primer orden, premiadas en la Exposición Universal de París! ¡Precioso cuadro! ¡Precioso! Tiene usted una habitación amueblada con muchísimo gusto.

CRIADO.- (Trayendo todo lo que le han pedido) -Aquí está todo.

PELUQUERO.- Perfectamente. ¡Ajaja! El paño... (Se lo pone a Joaquín.) ¡Magnífico pelo tiene usted! ¡Seda... pura seda! ¡Se ve que emplea usted mucho el agua fría! ¡Hace usted bien! ¡Eso es mi sistema! El agua fría fortalece el cabello. ¿Y la barba? ¡Vaya un nacimiento de barba!

JOAQUIN.- Mala, ¿eh?

PELUQUERO.- ¿Como mala? ¡No, señor! ¡Es magnífica! ¡Lástima que no se la deje usted! ¡Pero bien hace en no dejársela! Le favorece a usted el bigote solo. Y cuidado que la barba de usted es de las más correctas.

JOAQUIN.- Pues su compañero de usted dice que la tengo de remolino.

PELUQUERO.- ¡Que sabe mi compañero! ¡Es un ignorante! ¡Un rutinario! ¡Un empírico! Desconoce los principios fundamentales de nuestra facultad. ¡Porque adviérta usted que está hablando con un hombre científico!

JOAQUIN.- Yo le suplico que, si es posible, hable menos y afeite m

PELUQUERO.- ¡Tiene usted razón, si señor! No me gusta ser pesado. Precisamente me distingo por la ligereza.... ¡Hombre! (Untándole jabón en la barba) ¡Precioso retrato! ¿Será de algún individuo de la familia? ¡Sí! ¡De seguro! ¡En los ojos se parecen ustedes muchísimo! (Con esto le unta jabón en los ojos).

JOAQUIN.- ¡Hombre, por Dios!

PELUQUERO.- ¡Ah! usted perdone. Pues sí, señor. Como íbamos diciendo, yo soy un peluquero científico. ¿Usted dirá porque me llamo científico?

JOAQUIN.- Y o no digo nada.

PELUQUERO.- ¡Bueno, lo pensará usted! ¡Pues yo voy a satisfacer su curiosidad!..... ¡Es una historia muy larga!

JOAQUIN.- ¡Es insufrible!

PELUQUERO.- ¡Muy larga, si, señor!

JOAQUIN.- ¡Lo que me parece que va siendo demasiado larga es la jabonadura!

PELUQUERO.- ¡Ah! ¡No lo crea usted, no señor! Ese es mi sistema. Es preciso que los jugos grasos del jabón penetren en todos los poros de los tejidos musculares. Ya ve usted: esto no lo saben los que no han estudiado como yo un año de anatomía. Usted dirá que no es precisa la anatomía para ser peluquero.... ¡Error! ¡Se equivoca usted! No solo es precisa, sino indispensable. Porque figurese usted que un caballero va a una peluquería y pide que le bajen un poquito la línea de la barba. ¡Bueno! Pues lo que que hace un dependiente cualquiera es ¡Zis! ¡Zas! (Dándole en la cara con el mango de la navaja).

JOAQUIN.- ¡Pero, hombre!

PELUQUERO.- ¡Descuide usted!- ¡Y que resulta? ¡Que unas veces mas alta, otras mas baja, nunca tiene la línea los límites que debiera tener! Porque todo tiene sus límites.

JOAQUIN.- ¡Si, se fior, hasta la paciencia!

PELUQUERO.- Perdone usted, es preciso que los jugos crasos del jabón.....

JOAQUIN.- ¡Si.....! Ya estoy!....

PELUQUERO.- Pues bien; los verdaderos límites anatómicos son los siguientes: (Marcándolos en la cara de Joaquín con el lomo de la navaja): Borde anterior del músculo masetero, parte anterior y superior del buccinador y risorio de Santorini, hasta llegar al orbicular de los labios, de suerte que las dos líneas al reunirse en el mentón, tracen un ángulo menos agudo que el formado por los dos músculos externo-cleido-mastoides.

JOAQUIN.- ¡Esto es ya demasiado! (Encarándose con el peluquero)

PELUQUERO.- ¡Si! Ciertamente que es demasiado saber para un peluquero; pero ¿que quiere usted?

JOAQUIN.- ¿Que he de querer, hombre? ¡que acabe de una vez!

PELUQUERO.- En seguida. Ya verá usted qué artísticamente le afeito. Porque yo, además de científico por mis estudios, soy artista por naturaleza; por eso me he dedicado a la peluquería. Ningun arte como este para el embellecimiento de la persona. Una cabeza vulgar (Cogiendo la de Joaquín) en manos de un buen peluquero adquiere en un momento las correctas e inspiradas líneas de la belleza. (Sigue afeitándole)

JOAQUIN.- ¡Ay!

PELUQUERO.- ¿Que es eso?

JOAQUIN.- Que me ha cortado usted.

PELUQUERO.- No, no ha sido cortadura, usted dispense. Ha sido una ligerísima incisión producida por el filo de la navaja al tropezar con una de esas pequeñas elevaciones de la epidermis, conocidas entre la gente de ciencia con el nombre de acné rosáicas, vulgo espinillas.

JOAQUIN.- Quedo convencido y cortado. Siga usted.

PELUQUERO.- Pues íbamos diciendo que las bellas artes son hermanas. La peluquería y la música son gemelas. De la unión de ambas ha resultado una de las mas hermosas creaciones del arte musical: "El Barbero de Sevilla" ¿Usted conocerá "El Barbero de Sevilla"?

JOAQUIN.- Si, señor. Y otros barberos, desgraciadamente.

PELUQUERO.- ¡Bellísima Ópera! Yo sin embargo, prefiero "FAvorita" ¡La Favorita", cantada por Gayarre! ¡Ah! ¡que dicha! Aquello de..... (Cantando acciona con la navaja en la mano derecha, mientras con la izquierda echa atrás extremadamente la cabeza de Joaquín) .... "Spiritu gentil, etc.

JOAQUIN.- Pero hombre....

PELUQUERO.- Usted dispense. Recordando a Gayarre me entusiasmo. Con qué placer le afeitaria yo. Pero le ha dado por dejarse la barba. Es una lamentable costumbre que tienen todos los tenores de Ópera. Yo he conocido muchos porque voy continuamente al teatro. Real, mejor dicho, iba los años anteriores en que el paraíso costaba cuatro barbas. Hoy que cuesta seis, me he abonado a segundo turno, es decir, voy un día si y otro no.

JOAQUIN.- (Es insoportable)

PELUQUERO.- ¿Quiere usted que le apure un poco mas?

JOAQUIN.- No, señor. Ya me ha apurado usted bastante.

PELUQUERO.- ¡Bueno! Enjáguese usted. Pasemos al peinado.

JOAQUIN.- No, muchas gracias. Me peino solo.

PELUQUERO.- Como usted guste. Está usted servido. He tenido mucho gusto en conocerle. Siempre que desee usted utilizar mis servicios puede hacerlo con entera confianza. Peluquero facultativo, manejo el bisturí como la navaja.

JOAQUIN.- Y la navaja como el bisturí. (Restañándose la sangre de la cordadura) Vaya usted con Dios.

PELUQUERO.- Servidor de usted. Beso a usted la mano. Siempre a sus ordenes. Cabeza, tres, principal, Narciso Tirabuzón; peluquero y casi cirujano. (Vase por el foro).

### ESCENA III

#### Joaquín y luego Remedios

JOAQUIN.- ¡Jesús que calamidad. (Peinandose) Las once menos diez. (Remedios por la puerta del foro izquierda, se acerca de puntillas sin que Joaquín le vea.) ¡Me ha fastidiado ese hombre. Sabe Dios si llegaré a tiempo. (Sigue éinándose).

REMEDIOS.- ¡Coquetón! (Gritando)

JOAQUIN.- ¡Ay! ¡Ah! ¿Eres tú?

REMEDIOS.- ¿Te has asustado?

JOAQUIN.- ¡Claro! Como te has presentado tan de improviso.

REMEDIOS.- En cambio, del susto voy a peinarle yo... Ven acá, ven acá.

JOAQUIN.- No, hija, no; tengo mucha prisa.

REMEDIOS.- ¿A donde vas?

JOAQUIN.- A.....a.....(¿A donde le diré yo?) Pues.....a casa de Pepe Noguerras.....que me está esperando.

REMEDIOS.- Pero, hombre, si Noguerras se marchó a Granada hace dos días.

JOAQUIN.- ¿Si? Pues entonces tengo que ir.....a otra parte.

REMEDIOS.- ¿A donde?

JOAQUIN.- Después lo sabrás (Quitándose el batín y vistiéndose).

REMEDIOS.- ¿A que viene ese misterio?

JOAQUIN.- (Carifiosamente). La mujer no debe preguntar nunca a su marido a donde v'a ni de donde viene. ¡Es preciso que te vayas acostumbrando a estas cosas!

REMEDIOS.- Bueno; me acostumbraré.

JOAQUIN.- Vaya, hasta luego.....(Muy cariñoso.) ¡Vida mia, hasta luego!

REMEDIOS.- Oye, Joaquín; no me atrevo a hacerte una pregunta.

JOAQUIN.- ¿Qué?

REMEDIOS.- ¿Vendrás a almorzar?

JOAQUIN.- Si, mujer, ¿no he de venir? ¡Como todos los días! ¡Había de dejarte sola? ¡No faltaba más! Si salgo es porque me esperan, si no no saldría. Vaya, adios y hasta luego. ¡Benito, el sombrero! (Vase foro).

#### ESCENA IV

#### Remedios y luego Paquita

REMEDIOS.- ¿A donde irá a estas horas y con tanta prisa? ¡Bah! A algún negocio de importancia. Estos hombres dan una importancia a los negocios.....Y la verdad es que no me gusta quedarme sola.....Acostumbrada a vivir con mamá, a estar acompañada siempre. ...Pero no hay mas remedio; soy una señora casada, y las señoras casadas tienen que quedarse solas muchas veces.

PAQUITA.- (Dentro)- No importa; soy de confianza.

REMEDIOS.- ¡Eh?

PAQUITA.- (Entrando) Yo no soy de cumplido.

REMEDIOS.- ¡Paquita!.....

PAQUITA.- Buenos días Remedios. No me dejaban pasar aquí por ser la habitación de tu marido. ¡Figurate! Como si a mí me asustara el entrar en la habitación de un hombre.

REMEDIOS.- Usted puede disponer de esta casa como si fuera la suya.

PAQUITA.- Gracias. (Se sientan)

REMEDIOS.- ¿Y como a estas horas?

PAQUITA.- Esta es la ventaja de vivir en frente. Indalecio tiene hoy vista en el Supremo, y como yo no sé estar sola, porque me aburro, dije: voy a hacer una visita a Remedios.

REMEDIOS.- Cuanto la agradezco.....

PAQUITA.- Con que que tal, vamos a ver, ¿que tal te va en tu nuevo estado de casada?

REMEDIOS.- Muy bien; ¡estoy contentísima! ¿Y usted?

PAQUITA.- No me sientan mal las segundas nupcias.

REMEDIOS.- Cierto que usted también se halla en la luna de miel.

PAQUITA.- Hija, hay alguna diferencia. La miel de tu luna es de Alcarria; la mía es ya de cualquier parte.

REMEDIOS.- ¡Siempre tan alegre!

PAQUITA.- ¿Que quieres? Yo no me hago ilusiones. Cuando me casé con mi primer esposo..... ¡pobre Angelito!-se llamaba Ángel- estaba perdidamente enamorada; pero lo que es ahora... Ya no está una para esos trotes. Me casé con Indalecio por lo que nos casamos las viejas, por egoísmo. ¡Yo no estoy descontenta! ¡Me ha salido muy bueno! Hace siempre lo que se me antoja; y eso que, dada su posición social, no debiera dejarse dominar fácilmente: ¡ya ves, todo un señor magistrado! ¡Pero hija, cuando una mujer se empeña, es capaz de meter en un puño, no digo a un magistrado, a todo el Tribunal Supremo!

REMEDIOS.- ¿Que cosas tiene usted!

PAQUITA.- Tú eres aún muy joven; pero ya te convencerás. ¡A los maridos hay que tratarlos así, con imperio! Es el modo que no descarrilen. Y cuidado que mi marido es de los que toman por lo serio la Magistratura. Ni en casa se quita el birrete, y hasta para dormir he tenido que hacerle uno de punto de crochet.

REMEDIOS.- ¡Señora! ¡Estará bonito! (Riéndose)

PAQUITA.- No; lo que es de bonito le ha tocado poco al infeliz. ¡Pues nada! Con sus humos y todo lo tengo más suave que un guante.  
(Transición) Oye, ¿a dónde iba Joaquín tan de prisa que por poco me atropella en la escalera?

REMEDIOS.- No lo sé; no ha dicho que tenía que hacer...

PAQUITA.- Algun negocio, ¿eh?

REMEDIOS.- Eso sería; no ha querido decirme a donde iba.

PAQUITA.- ¿No ha querido decirte lo?

REMEDIOS.- No

PAQUITA.- ¿Y te quedas tan fresca?

REMEDIOS.- Pues es claro

PAQUITA.- Empiezas mal. Si en los primeros meses de matrimonio le acostumbrabas a ir y venir sin decirte una palabra, figurate tu lo que sucederá luego.

10

REMEDIOS.- Si se lo he preguntado; pero me contestó que la mujer no debe preguntar nunca a su marido a donde va ni de donde viene.

PAQUITA.- Y tiene razón no debe preguntárselo, porque debe decirsele él sin que se lo pregunten.

REMEDIOS.- Pero figúrate usted que se trate de un asunto que tenga interés en ocultar.....

PAQUITA.- Un buen marido no debe ocultar nada a su mujer. Sigue los consejos que te da una veterana del matrimonio. Sobre todo, no te fies de los negocios. Un negocio es siempre el pretexto del marido que se extravía. Mi difunto, que era un bendito de Dios, se metió en un negocio de minas que le tenía ocupado todo el día y gran parte de la noche, hasta que averigué que el tal negocio minero era una señora que vivía en la calle de las Minas. Afortunadamente descubrí pronto el filón y lo hice pagar caros los dividendos.

REMEDIOS.- Me pone usted en cuidado.

PAQUITA.- No, no es decirte que Joaquín se dedique a negocios...mineros. A los dos meses de casado no tendría perdón de Dios.

REMEDIOS.- Ni después tampoco.

PAQUITA.- Después tampoco lo tendría, pero....En fin, tú eres muy niña y no entiendes estas cosas, y yo estoy en el deber de aconsejarte, porque te he visto nacer y he sido la mejor amiga de tu madre y de tu padre y un tío tuyo estuvo para casarse conmigo

REMEDIOS.- Yo agradezco a usted mucho su atención; pero felizmente estoy bien segura del cariño de Joaquín.

PAQUITA./ Ni yo quiero que dudes un momento. Tu marido te quiere mucho y es hombre formal y de excelentes condiciones. Pero puede ser un hombre el mejor de los esposos y los amigos echarlo a perder. ¿Que clase de amigos tiene tu marido?

REMEDIOS.- Intimo, ninguno.

PAQUITA.- Es una buena circunstancia, mi marido tampoco. Verdad es que Indalecio tiene cara de pocos amigos.

REMEDIOS.- No por cierto, que es muy simpático.

PAQUITA.- Gracias por el favor. Y ¿a dónde vais por las noches?

REMEDIOS.- Tenemos un turno en el Real y otro en la Comedia, y las noches que nos quedan libres vamos a casa de los Logano.

PAQUITA.- ¿Y que se hace allí?

REMEDIOS.- Se canta, se baila.....



PAQUITA.- ¿Baila Joaquín?

REMEDIOS.- ¡Qué! ¡No, señora! ¡Juega al tresillo!

PAQUITA.- ¿Con quien?

REMEDIOS.- Con el General Ramos

PAQUITA.- Con ese no hay cuidado.

REMEDIOS.- Y con la Generala.

PAQUITA.- Con esa tampoco. Estará allí López (Con intención)

REMEDIOS.- Y con Alcaraz

PAQUITA.- ¡Alcaraz! ¡Ah, sí! El marido de Carolina, a quella que estuvo para casarse con Joaquín hace tres años.

REMEDIOS.- El mismo.

PAQUITA.- ¿Y va ella también?

REMEDIOS.- Pocas veces. Anoche estuvo.

PAQUITA.- ¿Y se hablan ella y tu marido?

REMEDIOS.- Se saludan.....¡Como aquellas relaciones acabaron de buena manera!.....Y además, ella está ya casada y él también, no tiene nada de particular.

PAQUITA.- Sí, no tendrá nada de particular. Vaya, hija; yo tengo mis opiniones sobre los hombres y creo que la mujer casada debe estar siempre alerta, pero muy alerta. Ya ves que mi marido no está en edad de cometer infidelidades; pues a pesar de todo, no pasa día sin que yo registre minuciosamente su habitación y sus bolsillos.....hasta el forro del sombrero

REMEDIOS.- ¡Es posible!

PAQUITA.- Sí, hija mía, no me fie ni de los magistrados del Supremo. Conque adiós, me voy a almorzar a casa de mi hermano, porque Indalecio no volverá hasta que salga de la Audiencia.

REMEDIOS.- Quédese usted a almorzar con nosotros y luego nos vamos a paseo en el coche.

PAQUITA.- Tienes razón. Voy a casa a avisar y estoy de vuelta al momento. ¡Hasta luego, hija mía! Memorias a Joaquín. ¡Ah! Cuando venga no dejes de preguntarle donde ha ido. (Vase por foro derecha)

ESCENA V

(Remedios sola se queda pensativa.)

REMEDIOS.- ¿Tendrá razón? ¿Será capaz Joaquín?.....de ninguna manera. Es una sospecha sin fundamento. Sin embargo, esta señora que tanto me quiere, ha parecido indicar que hay algo. ¡No, no; todo es una tontería! Si apenas se han hablado...Yo lo he visto.... No se curzaron ni cuatro palabras...¿No tengo la seguridad de su cariño? (Distraída ha cogido la caja que dejó sobre el velador el peluquero). ¿Que es esto? (La abre y saca un frasco, leyendo en la etiqueta) "Aceite de bellotas con sabia de coco ecuatorial" (Sacando otro frasco) "Pomada de quinina para fortalecer el cabello" ¿Eh? ¡Y un biscoñé! Pero señor ¿de quien es todo esto? Porque el biscoñé no me lo hubiese ocultado si lo usara....Si cuando era novio no se atrevió a decirme por no desilusionarme, tal vez después de nuestro boda no se haya decidido a confesarme por la misma razón. Bien puede ser esto.....Y por lo visto tiene un juego de biscoñés y lleva puesto el otro. ¡Ahora recuerdo perfectamente! Cuando entre de puntillas y le sorprendí peinándose se asustó. ¿Porque se asustó? Y cuando le dije luego que me dejara peinarle se negó bruscamente.....Si, no hay duda, esto es suyo. ¡Ah señor Dn. Joaquín conque estas tenemos? ¿Conque se da usted aceite de bellotas, usa usted biscoñé y oculta todo esto a su mujer? (Guarda todo en la caja) Pero yo he de hacer que él me lo confiese. En esto dice bien Dña. Paquita; un buen marido no debe tener secretos para su mujer. ¿Eh? Creo que es él. Si ahí viene (Se oculta).

ESCENA VI

Dicha, Joaquín que entra con el sombrero puesto y se sienta en un sillón, de mal talante.

JOAQUÍN.- ¡Que me enviará por escrito la resolución! Este es un pretexto para no decir de palabra que no ha podido ser!.....¡No ha podido! ¡No ha querido! Como si en este país los ministros no hicieran lo que les da la gana.

REMEDIOS.- (Aparte) Viene preocupado. (Avanzando de puntillas)

JOAQUÍN.- Pues señor, bien, me parece que por esta vez no vamos a París.

REMEDIOS.- (Aparte) Voy a probar (Le tira del sombrero)

JOAQUÍN.- (Levantándose) ¡Eh! Pero mujer, te has propuesto asustarme a cada momento.

REMEDIOS.- ¡Jesús, que sustos tan atroces! (Mirándole fijamente a la cabeza, lo cual repetirá durante toda la escena)

JOAQUÍN.- Me ha abollado el sombrero y me has despeinado.

REMEDIOS.- (Aparte) Si, el peinado, eso es lo que a ti te preocupa)

¡Dispense usted, caballero, creí que podía tomarme esa libertad!  
Y o le arreglaré a usted el pelo.

JOAQUIN.- No, hija, no; me duele la cabeza.

REMEDIOS.- ¿Te duele? ¿Tienes calor? A ver, a ver....

JOAQUIN.- No, algo de resfriado....la humedad.....el cambio de tiempo....

REMEDIOS.- (Aparte) El cambio de peluquin es lo que a ti te ha resfriado)  
(Pausa. Se sienta después de mirarle con atención) (Aparte) Se le conoce un poco por este lado).

JOAQUIN.- (De pronto) Oye, ¿irías con gusto a París?

REMEDIOS.- ¡Ya lo creo! Contigo a cualquier parte y a París mucho mejor.

JOAQUIN.- (Aparte) Ya sabía yo que había de gustarle.

REMEDIOS.- ¿Y porque me preguntas eso?

JOAQUIN.- Por nada (Queda pensativo)

REMEDIOS.- (Aparte) Eso lo ha dicho por cambiar de conversación. Le daré  
pié para que hable con franqueza. (A Joaquín) A proposito de  
París, ¿sabes quien me dijo el otro día que iba a ir allá?

JOAQUIN.- ¿Quien?

REMEDIOS.- Don Placido.

JOAQUIN.- No lo sabía (Continua distraído)

REMEDIOS.- ¡Y que agradable es el buen señor!....con aquella cara tan ex-  
presiva, tan risueña, y sobre todo aquella calva tan reluciente,  
tan limpia, tan sonrosada...Hay personas que no serian tan sim-  
paticas si no estuvieran calvas. Y luego, que la falta de pelo  
indica talento: dicen que ningún tonto se queda calvo. (Aparte)  
Esta dudando si decírmelo o no.

JOAQUIN.- ¿Eh?

REMEDIOS.- ¡Ah! Nada, nada.

JOAQUIN.- ¡Oh! (Aparte) Yo creo que me apoyara el subsecretario).

REMEDIOS.- (A ver si se decide)- Pues sí, la calva da respetabilidad al  
individuo...Al viejo le hace venerable, le da aspecto de patriar-  
ca de apostol; al joven le presta autoridad y carácter. ¡Cuántos  
han hecho su suerte por el talento que indica la falta de pelo!  
Y o sé de uno a quien solo por ser calvo le nombraron gobernador  
de provincia. (aparte)- No dice nada.

JOAQUIN.- (Aparte) No puede creer que me engañe el ministro.

- Remedios.- ¡Que lucha está sosteniendo! ¡Pero él ha de confesármelo o poco he de poder!)  
Hombre has el favor de prestar atención a lo que te digo.
- JOAQUIN.- ¿Que decías?
- REMEDIOS.- ¿Pero ahora salimos conque no me escuchabas?
- JOAQUIN.- Sí, te oía, sí. ¿Que estabas diciendo?
- REMEDIOS.- Estabamos hablando de los calvos.
- JOAQUIN.- ¡Ah! Sí, muy buenos actores, me gustan mucho.
- REMEDIOS.- ¡No es eso, hombre, no es eso!... (Como rehuye la cuestión)
- JOAQUIN.- ¿Pues que es?
- REMEDIOS.- ¡Los calvos de que hablamos son las personas que han perdido el pelo!  
¿Comprendes? ¡Las que han perdido el pelo! (Marcando mucho esto)
- JOAQUIN.- Ya comprendo, mujer, ya!
- REMEDIOS.- (No se importa por nada.) Pues bien, yo decía que eso no es un defecto,  
sino una ventaja muchas veces, y en fin, que hasta me alegraría de que tu  
fueses calvo. (Levantándose)
- JOAQUIN.- (Levantándose) Que barbaridad.
- REMEDIOS.- Te aseguro que no me importaría nada.
- JOAQUIN.- Eso lo dices por que tengo pelo.
- REMEDIOS.- No señor. Los calvos me hacen mucha gracia.
- JOAQUIN.- Ya lo creo que te hacen gracia. Por eso te reías tanto una noche en el  
teatro de la Zarzuela observando desde el palco las diez o doce lunas men-  
guantes y crecientes que brillan en las butacas.
- REMEDIOS.- (¿Porque me habre reído?) Ahora ya no me lo confiesa!
- JOAQUIN.- Estoy impaciente, no puedo remediarlo. (Mirando el reloj)
- REMEDIOS.- Qué, ¿vas a salir otra vez?
- JOAQUIN.- Es muy posible.
- REMEDIOS.- ¿Que tienes?
- JOAQUIN.- ¡Nada!
- REMEDIOS.- No me lo niegues, estas preocupado.
- JOAQUIN.- No lo creas.
- REMEDIOS.- Sé franco con tu mujercita que te quiere tanto. (Halagándolo, y haciendolo  
sentar a su lado) ¿Que te sucede? ¿Te falta algo? (Mirándolo a la cabeza  
con mucha intensidad) ¡Confiesámelo!

JOAQUIN.- No seas tonta, te digo que no me pasa nada.

REMEDIOS.- Es que harías muy mal en ocultármelo, muy mal, porque yo quiero participar de tus alegrías y de tus pesares. (Repara mas en la cabeza de Joaquin)  
¡Ay! una cana! ¡Tienes una cana!

JOAQUIN.- ¿Si?

REMEDIOS.- Si, voy a quitártela.

JOAQUIN.- Déjala, que luego salen mas.

REMEDIOS.- No, te la voy a quitar, es un capricho.

JOAQUIN.- Te he dicho que me duele la cabeza.

REMEDIOS.- (Aparte. Como se resiste) Si no te haré daño.

JOAQUIN.- Bueno, pero no tires fuerte. (Bajando la cabeza y poniendose la mano sobre el craneo.)

REMEDIOS.- Descuida, quita la mano (¡Ahi es donde está el misterio!) Ya veras, ya veras (Ahora de un tirón se la arranca) (Le coge un mechón de pelo y tira con fuerza)

JOAQUIN.- ¡Ay! ¡Pero mujer, que torpeza!

REMEDIOS.- (Que sujeto lo tiene)

JOAQUIN.- Me has hecho ver las estrellas.

REMEDIOS.- Ven otra vez que no ha salido.

JOAQUIN.- ¡Dejame en paz! Vaya un capricho ridiculo.

REMEDIOS.- ¡Ridiculo? Otras cosas hay mas ridiculas. Ya veo que no quieres complacerme ni en lo mas insignificante.

JOAQUIN.- No quiero complacerte en tonterias.

REMEDIOS.- El esposo que quiere a su mujer la complace en todo.

JOAQUIN.- ¡Si iras ahora a dudar de mi carifio!

REMEDIOS.- Si señor que dudo.

JOAQUIN.- Estas hoy insoportable.

REMEDIOS.- ¡Mas insoportable estás tú!

JOAQUIN.- ¡Remedios! No tengamos un disgusto

REMEDIOS.- El disgusto ya lo tengo y bien grande.

JOAQUIN.- No seré yo quien te lo haya dado.

REMEDIOS.- ¡Tú, y solo tú!

JOAQUIN.- Pero, ¿que motivos hay paratodo esto?

REMEDIOS.- Hay moti vos de sobra,

JOAQUIN.- Mire usted que refir por una tonteria semejante. Vamos, es cosa de tirarse de los pelos.

REMEDIOS.- ¡Tira, tira, tira!

JOAQUIN.-Eres una chiquilla sin fundamento, (Vase por el foro derecha)

#### ESCENA VII

REMEDIOS.- ¡Se va! ¡Me deja! ¡Dios mio! ¡Que desgraciada soy! El primer disgusto que hemos tenido, tratarme con ese despego. Llamarne chiquilla sin fundamento. ¡Ay, Dios mio de mi alma! Bien me lo decia mi mamá que en el matrimonio habia disgustos muy grandes. (Llorando amargamente)

#### ESCENA VIII

Dicha, DÑA. PAQUITA por el foro

PAQUITA.- ¡Jesus, Hija! Parece que estoy condenada a que tu esposo me atropelle en la escalera. ¡A donde va tan de prisa?

REMEDIOS.- (Llorando) ¿Que se yo?

PAQUITA.- ¿Que es eso? ¿Pero que sucede?

REMEDIOS.- (Llorando) ¡Que soy muy desgraciada!

PAQUITA.- ¡Ay Dios mio de mi alma!

REMEDIOS.- Acabo de tener con Joaquin el primer disgusto.

PAQUITA.- ¡El primero y ya llevais dos meses de matrimonio? Pues no puedes queharte, al mes y medio llevaba yo quince.

REMEDIOS.- No sobreviviré al segundo.

PAQUITA.- Pero, ¿porque ha sido?

REMEDIOS.- Porque he descubierta una cosa.

PAQUITA.- ¡Vamos! ¡Lo de Carolina! Ya me lo sospeché, pero no habia querido decirte.

REMEDIOS.- No, señora; no se trata de Carolina.

PAQUITA.- Bueno; se tratará de otra, es igual. ¡Desengafiate, hija; no puede una fiarse de los hombres, ni de las mujéres, porque si no hubiera mujeres, serian los hombres unos benditos de Dios!

REMEDIOS.- (Sollozando)- ¡Ay!

PAQUITA.- ¡Habrás descubierto alguna carta, algun retrato, pelo tal vez.

REMEDIOS.- ¡Pelo! ¡Si, señora! ¡Pelo! (Va a coger la caja)

PAQUITA.- Claro, Algun rizo rubio, ¿será rubia? Las rubias son el demonio.

REMEDIOS.- Mire usted lo que he descubierto. (Enseña el bisofé)

PAQUITA.- ¡Pero hija! ¿Y esto es un recuerdo amoroso? (Cogiendo el bisofé)

REMEDIOS.- Si no se trata de amores.

PAQUITA.- ¿Pues de qué?

REMEDIOS.- Pues que Joaquín usa eso.

PAQUITA.- ¡Ay! (Devolviéndole con repugnancia el bisofé que Remedios dejará sobre el velador) Comprendo que te hayas disgustado. Tienes la misma manía que yo. ¿No te hacen gracia los calvos? Si por algo me gusta Indalecio es porque a pesar de sus años, conserva el pelo tan negro y tan hermoso como si tuviera veinte.

REMEDIOS.- Si a mí lo que menos me importa es que Joaquín no tenga pelo.

PAQUITA.- Entonces no comprendo porque te alliges.

REMEDIOS.- Porque me lo ha ocultado. Porque no ha sido franco conmigo. Porque no me lo ha dicho, a pesar de haberle dado ocasion para ello.

PAQUITA.- Hija mía, eso no puede estar así. Es preciso que demuestres carácter, mucho carácter. Que sepas ocupar el puesto que te corresponde.

REMEDIOS.- Yo no se mas que llorar.

PAQUITA.- Pues sabes bien poco. Con llorar no se consigue nada. Eso de que las lagrimas ablandan a los hombres es una equivocación. Si no se les pudiera ablandar por otros medios, aviadas estabamos.

REMEDIOS.- ¡No poder remediar, le quiero muchísimo!

PAQUITA.- Por lo mismo que le quieres, no debes permitir que te oculte ciertas cosas. ¿No dice que LA OCASION LA PINTAN CALVA? Pues es esta la ocasion de conocer a tu marido. Si me autorizas para ello, hoy mismo le arranco el secreto y el peluquin.

REMEDIOS.- Ahí viene.

PAQUITA.- Tranquillízate.

#### ESCENA IX

Díchas y Joaquín, que entra muy contento con un pliego en la mano.

JOAQUÍN.- ¡Señora Dña. Paquita! ¡Venga un abrazo! Remedios. Estamos de enhorabuena

¿Pero que es eso? ¿Estas llorando? No quiero verte así. Hoy es día de regocijo. Te había guardado esta sorpresa. Vamos agregados a la embajada de París. Ahora me han traído la credencial. Creí que el ministro no me la concedería, y por eso estaba preocupado. Esto es lo que te ocultaba.

REMEDIOS.- ¡No es eso lo que tu me ocultas!

PAQUITA.- Dice bien, no es eso solo.

JOAQUIN.- Pues ¿que es?

PAQUITA.- Esto. (mostrandole el bisoñé)

JOAQUIN.- ¿De quien es ese bisoñé?

REMEDIOS.- Todavía no confiesa que es suyo.

JOAQUIN.- ¡Mio!

PAQUITA.- Si, señor. De usted. ¿Pues de quien ha de ser?

JOAQUIN.- Señora. (Ahora comprendo porque me tiraba del pelo)

REMEDIOS.- ¿Será capaz de negarlo?

PAQUITA.- ¿Será usted capaz de decir que no?

REMEDIOS.- Todo se descubre.

PAQUITA.- Todo se sabe al fin.

REMEDIOS.- Como si no se le conociera. (Indicando la cabeza)

PAQUITA.- Y tanto como se le conoce. (Indicando a la cabeza)

REMEDIOS.- Y a mí no me importa que lo llves, sino que no me lo digas.

PAQUITA.- Tiene razón para incomodarse.

JOAQUIN.- ¿Quieren ustedes dejarme hablar?

REMEDIOS.- ¡Habla, si, habla!

PAQUITA.- Confíeselo usted francamente.

REMEDIOS.- Basta de hipocresías.

PAQUITA.- ¡Quíteselo usted!

JOAQUIN.- Conque quieren ustedes que diga que soy calvo, ¿no es eso? Pues bien, si lo soy. Todo esto es una peluca. ¿están ustedes contentas? Tengo la cabeza como un melón. ¿Quieren ustedes más?

REMEDIOS.- No; ni quería tanto. (Sorprendida)

PAQUITA.- ¡Ni tanto, ni tan calvo!



JOAQUINA.- Gracias a Dios que se han callado, ustedes,

ESCENA X

Dichos y el peluquero

PELUQUERO.- ¡Hay permiso?

JOAQUIN.- Adelante

PELUQUERO.- Ustedes dispensarán que les interrumpa; pero antes, cuando vine a afeitar a usted, me dejé olvidada una cajita con unos frascos y un bisoñé de un parroquiano.

REMEDIOS.- ¿He?

PAQUITA.- ¿Que dice este hombre?

PELUQUERO.- ¡Ah! ya lo veo; aquí está. (Viendo la cajita y dirigiéndose a doña Paquita que tiene el bisoñé.)

REMEDIOS.- ¿Conque no era tuyo? (A Joaquín)

JOAQUIN.- ¡Que tanta! Claro que no. Tira mujer, tira y te convencerás.

REMEDIOS.- No lo hay necesidad. Ya me he convencido. (Dándole un tiron)

JOAQUIN.- ¡Hay! Ya lo creo que te habrás convencido.

PAQUITA.- Llevese usted esa porquería. (Dándole el bisoñé al peluquero con aseo)

PELUQUERO.- ¡Como señora! Califica usted de un modo tan denigrante la obra mas artística que ha salido de mis manos. ¡Este es un bisoñé destinado a cubrir una calvicie irregular, situada en la región occipito-parietal izquierda del cráneo de todo un magistrado del Tribunal S. premo; de don Indalecio Pérez!

PAQUITA.- ¡Mi marido! (Comicamente aterrada)

REMEDIOS.  
JOAQUIN.      ¿Como?

PAQUITA.- Está calvo y yo no lo sabía. Por eso duermo con birrete de crochet. Traiga usted acá. (Quitándole el bisoñé)

PELUQUERO./ Pero señora...

PAQUITA.- ¡Voy a llevarselo al Tribunal Supremo (Vase furioso por el foro)

PELUQUERO.- ¡Señora, que es para mí un compromiso! ¡Oiga usted, escuche, atiéndame usted. (Vase tras ella)

ESCENA ULTIMA

## ESCENA ULTIMA

## JOAQUIN Y REMEDIOS

REMEDIOS.- ¡Joaquín!

JOAQUIN.- ¡Esposa mía!

REMEDIOS.- ¡Que tonta he sido!

JOAQUIN.- ¿Dudaras todavía  
de tu marido?

REMEDIOS.- ¡No! Te lo juro,  
Ya en adelante puedes  
vivir seguro!  
De lección me sirvieron  
mis imprudencias;  
ya he visto lo que engañan  
las apariencias,  
y arrepentida  
tu perdón y el de ustedes (Al público)  
justo es que pida.

F I N